

El fantasma de Belindia

Brasil intenta dejar atrás esa combinación de Bélgica e India: un país rico de unos pocos y uno pobrísimo de muchos. Pero no es fácil.

VIDEO

The Economist

En junio, Brasil fue sacudido por una epidemia de protestas masivas tan repentina como una tormenta tropical. Las manifestaciones contra el aumento del boleto de ómnibus provocaron una ola de solidaridad y sacó más de un millón de manifestantes a las calles. También dio rienda suelta a una furia ciudadana que había permanecido insospechada hacia la creciente inflación, los impuestos altos, los servicios públicos deficientes y corrupción política. Incluso el fútbol, la gran pasión brasileña, se convirtió en blanco de la ira de los manifestantes. Muchos llevaban pancartas contra el derroche de su gobierno en los estadios para el Mundial contrastándolo con el grave estado de la infraestructura del país.

El cambio en el clima político se produjo después de casi dos décadas de cielos límpidos. Desde 1994, cuando la hiperinflación fue domesticada por una nueva moneda, el real, los sucesivos gobiernos aplicaron políticas económicas generalmente sólidas y adoptado programas contra la pobreza. La economía creció rápidamente y se redujo la desigualdad. El auge mundial de los commodities necesitó del hierro brasileño y sus productos agrícolas, y en 2007 Brasil halló depósitos de petróleo en aguas profundas. Ser elegido como sede del Mundial de 2014 y los Juegos Olímpicos de 2016 fue el reconocimiento que sus días aciagos quedaban atrás.

Sin embargo, la economía de Brasil no estuvo a la altura. Después de haber crecido un 7,5% en 2010, la tasa más rápida en 25 años, se redujo a 2,7% en 2011 y a 0,9% en 2012. Este año habrá, en el mejor de los casos, una recuperación tibia. La inflación se está acomodando en torno al 6%. Los pesimistas recuerdan que el período de crecimiento más impresionante, en la década de 1970, terminó en caos e hiperinflación. En los últimos años, Brasil ha sido considerado una de las principales economías de mercado emergentes, las que ayudarían al crecimiento mundial en el próximo medio siglo. Pero ahora muchos se preguntan si solo fue un vôo de galinha, un vuelo de gallina, o sea una breve crecimiento insostenible seguido de un rápido retorno a la tierra.

Durante el "milagro económico" de la década de 1970, los ricos se llevaron la mayor parte de las ganancias. Entonces el economista Edmar Bacha inventó una etiqueta: "Belindia", una combinación de un rico país pequeño, como Bélgica, y uno pobre de los grandes, como India. La educación pública, la salud y las carreteras eran para la parte belga. Aquellos en la India vivían sin esperar nada mejor.

Brasil sigue siendo uno de los países más desiguales del mundo. Su tasa de homicidios está a la par de la de México. La salud pública es una lotería. Sólo menos de la mitad de sus alumnos abandonan la escuela totalmente alfabetizados. Pero ya no es Belindia. En el último cuarto de siglo un mejor mercado de trabajo y una red básica de protección social redujeron la pobreza en dos tercios. En la última década el ingreso del 10% más pobre de los brasileños casi se duplicó en términos reales, mientras que el del 10% más rico

aumentó en menos de una quinta parte. El "coeficiente de Gini" de Brasil, una medida que expresa la desigualdad de ingresos, está en su mínimo en 50 años. Sin embargo, "hay una percepción en el que Brasil aún es Belindia", dice **Marcelo Neri**, presidente del IPEA, un think-tank público: "Un país rico que está creciendo como Bélgica -o sea despacio- y uno pobre que está creciendo rápido, como India".

Exceso de equipaje.

Más de la mitad de los 200 millones de brasileños ahora pertenece a una nueva clase media-baja, que vive en hogares con un ingreso mensual por persona entre 291 y 1.019 reales (de 2.800 a 9.800 pesos uruguayos). La mayoría de estos aumentos de los ganancias vinieron desde los salarios aunque las transferencias del gobierno aportaron una parte importante, especialmente en el nordeste pobre. Decenas de millones de brasileños viven en casas más sólidas equipadas con cocinas, heladeras y lavadoras. Muchos tienen auto. Los hijos de las domésticas analfabetas tienen empleos formales y cursan estudios de grado por la noche.

Pero cuando esa nueva clase media sale de su casa, los rastros de la Belindia de la década de 1970 están por todas partes. El número de automóviles se ha duplicado en una década, pero la mayoría de las carreteras aún están sin pavimentar y se construyeron pocas nuevas. El transporte público se compone principalmente de ómnibus decrepitos y siempre llenos. El tráfico aéreo también se duplicó en los últimos 10 años, pero los aeropuertos apenas se han tocado. Los niños asisten a la escuela en dos, a veces tres, turnos al día. Dos quintas partes de los brasileños no están cubiertos en la atención primaria de la salud. Cuando la vida era una lucha por sobrevivir, las principales preocupaciones eran la economía y el empleo. Ahora que la gente está mejor, su preocupación es el lamentable estado de la infraestructura y los servicios públicos.

Y además, en comparación con otros países de medianos ingresos, Brasil tiene una sorprendentemente mala relación calidad-precio. Los electrodomésticos y los autos cuestan al menos un 50% más que en cualquier otro país. En artículos de uso diario -cepillos de dientes, juguetes- la diferencia suele ser más grande. Entre los 48 países estudiados por el "índice Big Mac", la simpática herramienta para comparar economías ideada por The Economist, una hamburguesa en Brasil cuesta tanto como en unos pocos países ricos que además son mucho más ricos (Noruega, Suecia y Suiza) y uno que es disfuncional (Venezuela). Las hamburguesas deberían ser más baratas en los lugares más pobres, porque los salarios son más bajos: en Brasil son menos de una cuarta parte de los niveles europeos o estadounidenses. Un Big Mac brasileño cuesta un indigerible 72% más de lo que debería costar y el real sigue siendo una de las monedas más sobrevaloradas del mundo.

Las causas para los problemas de los precios en Brasil son muchos. Se puede empezar con los impuestos. En 36% del PIB, la carga tributaria total es mucho más pesada que en otros países en desarrollo. Los impuestos laborales pueden llegar al 58% del salario y son mayores que en cualquier otra gran economía. El consumo también está fuertemente gravado, lo que explica por qué un coche fabricado en Brasil cuesta hasta 45% menos en México que en el propio Brasil. Los aranceles altos empujan hacia arriba el precio de las importaciones. Un smart phone cuesta alrededor de 50% más que en Estados Unidos. La mayoría de los automóviles importados de fuera del Mercosur y México no sólo atraen un arancel del 35%, sino un extra del 30% sobre el impuesto a las ventas normales.

Tal vez por eso los brasileños están comprando en el extranjero. Miami ha recibido tantos compradores brasileños que ya muchas tiendas contratan personal que hable portugués. La aerolínea TAM dice llevar combustible extra cuando vuelve de Miami para permitir el exceso de equipaje.

Entre ruinas.

Toda la infraestructura de Brasil está decrepita. El Foro Económico Mundial lo ranqueó en el puesto 114 de 148 países. Después de una ola de construcción de líneas férreas a comienzos del siglo XX y la construcción de carreteras y represas 50 años más tarde, se construyó poco y se hizo poco mantenimiento. En la década de 1980, la infraestructura fue víctima de la desaceleración del crecimiento y la inflación en espiral. Incapaces de encontrar puestos de trabajo, los ingenieros emigraron o se reciclaron. El gobierno dejó los planes a largo plazo. De acuerdo con Contas Abertas, un organismo de control del gasto público, sólo se gastó una quinta parte del dinero federal presupuestado para el transporte urbano en la década pasada.

El gobierno lo ha intentado, pero en general no ha respondido a la creciente demanda de bienes públicos. Muchos de los grandes proyectos de infraestructura incluidos en su Programa de Aceleración del Crecimiento, el PAC, anunciado en 2007 se están ejecutando con años de retraso y muy por encima del presupuesto. Rousseff parece por fin haber aceptado que Brasil debe contar con participación del sector privado para hacer las carreteras, ferrocarriles, puertos y aeropuertos que necesita, pero su conversión ha llegado tarde y de mala gana. Concesiones para ejecutar tres aeropuertos fueron licitadas a principios de 2012, pero las licitaciones de más aeropuertos, así como de puertos, carreteras y ferrocarriles, se retrasaron porque el gobierno se fija en detalles de los contratos.

Muchos políticos parecen creer que las protestas fueron apenas dolores de crecimiento, pero están siendo excesivamente complacientes. Deberían darse cuenta de que las nuevas clases medias quieren servicios públicos decentes, desplazamientos sin embotellamientos y representantes que trabajen ostensiblemente para conseguir esas metas. Se han propuesto reformas electorales para que los políticos respondan mejor a los votantes, pero todos pretenden cosas diferentes, por lo que llegar a un consenso será difícil.

Un clima económico menos favorable hace aún más difícil satisfacer las demandas de los votantes. La desaceleración del crecimiento provocó una caída de la inversión, que el año pasado fue de sólo 18,4% del PIB, lo que no es suficiente para la recuperación o la construcción de la infraestructura que Brasil necesita. Rousseff anduvo intimidando a los empresarios a invertir más, ignorando el hecho de que es principalmente el obstruccionismo del gobierno y su mano dura lo que los frena. Y los precios de los commodities no van a darle a la economía una nueva prosperidad.

El país también se perdió de aprovechar su ventaja demográfica. Su tasa de natalidad disminuyó bruscamente en las últimas décadas, pero aún tiene una población joven, con muchos en edad de trabajar, y un número pequeño de personas dependientes en cada extremo de la escala de edad. Por desgracia, gran parte de este beneficio se va en un sistema de pensiones estrambóticamente generoso. Y encima pronto habrá una tensión aún mayor en las finanzas públicas cuando un gran número de trabajadores comience a retirarse.

Brasil es una potencia con el fantasma de Belindia siempre siguiendo sus pasos.

Traducción: Fernán Cisnero

ALGUNOS FRENTES COMPLICADOS PARA DILMA ROUSSEFF

La plata para el mundial

Los contribuyentes brasileños están irritados porque se van a gastar 3.600 millones de reales en los

estadios para el mundial de 2014. En las protestas de junio se reclamaba ese dinero para nuevas carreteras, escuelas y hospitales del mismo nivel que los estadios que exige FIFA.

Educación en problemas

Aunque le va mejor que hace 10 años en las pruebas PISA, la mitad de los quinceañeros no pueden interpretar o sacar conclusiones aun de textos sencillos. Dos tercios no pueden con la aritmética básica. En letras, matemáticas y ciencia solo 1% tienen notas excelentes.

Desconfianza pública

Los inversionistas que visitan Brasilia suelen quejarse de que los funcionarios no tienen idea de lo que pasa en el resto del país. De acuerdo a un reciente Barómetro de las Américas, sólo un tercio de los brasileños sienten que los políticos se preocupan por su opinión.

Pensiones generosas

Brasil gasta 3% del PIB en pensiones, en el mundo es de 1%. Los hombres se pueden retirar a los 65 y las mujeres a los 60, y cobrar un sueldo completo, si aportaron 15 años consecutivos. Los retiros incentivados son generosos: se pueden retirar a los 54 años con 70% de su sueldo para siempre.

La paciencia se achica

Los políticos han sido puestos sobre aviso de que los jóvenes de hoy, mejor educados que la generación anterior, estarán menos dispuestos a aceptar la corrupción, la política venal y son más insistentes en conseguir servicios públicos decentes por los altos impuestos que pagan.

40

kilómetros puede tener la cola de camiones esperando para descargar en el puerto de Santos. Gracias a una cosecha record, Brasil se convirtió en el mayor productor mundial de soja, ganándole a Estados Unidos. Algunos camiones hicieron 2.000 kilómetros para llegar allí.

265

millones de dólares costará el Amazonia Arena, el estadio mundialista de Manaus, una de las 12 sedes de Brasil 2014. No sé sabe para qué va a servir después: la ciudad tiene un equipo en divisionales de ascenso con apenas cientos de hinchas y el estadio tiene 42.000 localidades.

2.200

millones de dólares gastaron los brasileños en compras en el extranjero el año pasado. Un record que, todo indica, será superado este año. La consultora Direct Luxury Group estima que siete de cada 10 brasileños que compran productos de alta gama lo hace en el extranjero.

678

reales (unos 6.500 pesos uruguayos) es el salario mínimo en Brasil. En 2003 era de 200 reales, casi el

doble en términos reales. El gobierno se comprometió a aumentos por encima de la inflación hasta 2015. Brasil es el segundo país del mundo en dificultad de conseguir empleados capacitados

163

mil dólares anuales es el salario de un diputado brasileño. A eso tiene que sumarle subsidios para alimentación, vivienda, viajes en avión, nafta y 25 asesores. Los senadores, encima, tienen más asesores además de un servicio de salud ilimitado para él y su familia para toda la vida.

25

millones de brasileños salieron de la pobreza con el plan Bolsa Familia creado durante el gobierno de Lula. Eso ha sido un cambio fundamental en el entramado social brasileño con el surgimiento de una nueva clase media con poder de consumo y de hacer estudiar a sus hijos.

Las recetas para seguir avanzando

La forma de financiar los servicios no es aumentar el gasto público, que en el 38,5% del PIB es mucho mayor que en países similares sino recuperar el crecimiento. Para lograr esto, el gobierno tendrá que reanudar las reformas que abandonó en los buenos tiempos: recorte de las pensiones, reducción de la burocracia, la reducción y simplificación de los impuestos y la actualización de las leyes laborales. El éxito de las licitaciones de infraestructura, también pondrán en marcha la inversión, y el abandono de la retórica anti-beneficios mejorarían la confianza empresarial. Pero el problema más urgente que Brasil necesita enfrentar es una fuerte pérdida de competitividad.

OTRA MUJER QUE CRECE

Sucesión difícil

Con una oposición débil y fragmentada, sólo una posible candidata parece amenazar a Rousseff. Marina Silva, quien renunció al ministerio de Medio Ambiente de Lula en 2008 por la construcción de represas, obtuvo el 20% de los votos por el Partido Verde en 2010. Hija de caucheros, aprendió a leer de adolescente y cursó la Universidad siendo empleada doméstica. Las encuestas le dan 22% pero el martes, la fiscalía brasileña rechazó la legalización del partido con el que Silva pretende disputar las elecciones de 2014.